

## La historia y los historiadores

A raíz de una conferencia dada en el Club de Septiembre por don Francisco Antonio Encina, se entabló una polémica entre el conferencista y los historiadores Augusto Iglesias y Guillermo Feliú Cruz, a propósitos de algunas observaciones graves que el señor Iglesias hiciera respecto al origen de cierta frase atribuidas por el señor Encina a don Manuel Montt.

El segundo artículo que el señor Iglesia envió a "La Nación" sobre el tema que se indica, fué observado por el Director del diario, quien pidió amistosamente a su autor que modificara algunos conceptos, que él estimaba duros. El señor Iglesias, ante esa solicitud, optó por retirar los originales.

Son los que ahora damos en forma íntegra y por primera vez.

Creo que Pío Baroja es el que escribió en algunos de sus libros que la Historia era la novela de los niños grandes.

Español tenía que ser quien dijera algo tan saleroso y cierto; frase socarrona que se completa con la jugosísima, espetada, en cierta ocasión, por el poeta de "Las Doloras", según la cual no debe creerse en la Historia Antigua conociéndose cómo se hace la Contemporánea...

No hace mucho publiqué una rectificación, a cierta cita, hecha por don Francisco Antonio Encina. La cita

consistía en una frase de González Prada que el señor Encina atribuía a don Manuel Montt.

El asunto, en sí, no tiene la menor importancia, y que la haya dicho Pedro, o Diego, no quita ni pone rey en la seriedad de las investigaciones históricas que hoy día se hacen en Chile. Quien le dió a esta frase, un carácter inusitado y de especial relieve fué el propio señor Encina, porque trató, nada menos, de convertirla en profesía.

Advirtiéndolo, quise colocar las cosas en su lugar, señalando la falta de certidumbre y solidez en lo afirmado por el historiador de "Portales y su época"; pues la tal profesía no era profesía, y la frase misma ("Triunfaremos. No lo duden por un momento; pero triunfando resultaremos derrotados, porque Chile adquirirá todos los vicios del Perú") ni siquiera era de don Manuel Montt, sino de González Prada que la expresó, con ligeras variantes, en un estudio titulado "Perú-Chile" escrito en Lima en 1883. Pero el señor Encina anduvo molesto con esta rectificación mía, y para desahogarse, trajo a cuentas a don José María Barceló a fin de llamarme "joven" (¡tantas gracias!) y ponerme en aprietos, citando, como testigos a su favor, a una serie de sombras ilustres, entre ellas la de don Francisco Valdés Vergara.

Contesté al señor Encina en forma mesurada, manifestándole que la me-

memoria podía engañar; que había una serie de factores psicológicos que obligaban al investigador a tratar con muchas reservas las aseveraciones confiadas, simplemente, al recuerdo de los hombres, por muy perfecto que éste fuera. Justificaban mi actitud no sólo la enseñanza del método y la crítica documental, sino, también, el ejemplo del propio señor Encina, que había caído, en su mismo artículo-respuesta, en errores de la naturaleza indicada. ¿Pruebas? El señor Encina afirma que el señor Valdés Vergara "ya en 1880 era empleado superior de Aduanas"; y yo aseguro que nó. En esa época don Francisco tuvo dos comisiones diplomáticas en el extranjero: la primera en Bolivia y la segunda en Colombia. (1) Empleado superior de Aduanas y luego superintendente de la misma, fué muchos años después, allá por la administración de don Federico Errázuriz Echaurren. Error doble del ensayista del "Concepto actual de la Historia".

Don Francisco Valdés Vergara, era poco afecto a la política de don Manuel Montt; lo cual—¡por cierto!—no significa que no haya podido conocer la frase cuya repetición asegura haberle oído el señor Encina. Quise, pues, convencerme, y como desde hace largos años cuento con la buena amistad de Ricardo Valdés Bustamante, hijo de don Francisco, lo consulté al respecto.

Ricardo, además de haber vivido en la más cariñosa intimidad con el selecto espíritu de su proyenitor, es hombre acucioso, de la más refinada y movida cultura, de manera que estuvo siempre alerta a todo cuanto Don Francisco escribió y dijo. En respuesta, me expresó verbalmente que él nunca ha-

bía oído referirse a su padre sobre la frase de que habla el señor Encina; y que tiene casi la seguridad de que su padre, respetando como todo Chile, la memoria de don Manuel, no creía en tales cualidades proféticas del señor Montt, lo que no puede, en modo alguno considerarse en desmedro de la vigorosa personalidad de ese Mandatario

Más lejos yo no puedo ir; está hablando un hijo del señor Valdés Vergara. Deduzco, entonces, para mis adentros: "Error mnemotécnico número tres, del señor Encina.

En otras partes de su artículo escribe el nuevo panegirista del Decenio: "... si antes de escribir, el señor Iglesias se hubiera tomado la molestia de imponerse de la documentación pertinente, se habría encontrado con que Sir Rumbold, Ministro de su Magestad Británica, bajo la Presidencia de Errázuriz Zañartu, emitió la idea que nos ocupa antes de la Guerra del Perú, hablando de la singularidad moral de Chile en América".

Y agrega más adelante:

"Es muy natural que el señor Iglesias lo ignore. Pero no ocurre lo mismo con la memoria de Rumbold. Apenas hay escrito sobre la crisis moral de Chile en que no se la recuerde; yo mismo la traduje y la cité en diversos libros".

Cuarto y quinto error del señor Encina. Ni Rumbold dice lo que el historiador chileno afirma; ni el señor Encina ha traducido jamás la memoria del Ministro británico. Lo voy a probar.

Es verdad que Sir Horacio Rumbold enumera entre las causas de la prosperidad de Chile (hasta el momento en que el escribía), el hecho de no haber tenido nuestro país "esas fuentes acci-

dentales de riqueza que la Providencia ha prodigado tan abundantemente en algunas de las naciones vecinas". Pero no se podría entender, *contrario sensu*, que si Chile hubiera tenido esas fuentes accidentales de riqueza habría dejado de ser lo que fué hasta el gobierno de Errázuriz Zañartu; pues, el propio Rumbold se encarga de enumerar, como lo veremos más adelante, muchas otras causas, entre las determinantes de la seriedad política de Chile con relación a los otros pueblos de la América española.

Además, Chile había conocido ya, a despecho de lo escrito por Rumbold, los efectos de una riqueza rápida y pasajera, como fué la que aportó al capital de la nación el chorro arjentado nacido de las minas de Chañarcillo y Caracoles.

Al contrario, ahora la República venía de vuelta; como que al término del gobierno de Errázuriz Zañartu ocurre una de las crisis más profundas que haya experimentado la economía chilena, precisamente con la broceadura en grande, e inesperada para todo los mineros del Norte, de las minas de Caracoles.

González Prada se refiere a otra cosa,—escúchenlo bien los nuevos historiadores que con nuevos métodos tratan de interpretar la realidad chilena! González Prada se refiere al contacto de las dos razas y a la podredumbre que minaba como gangrena los organismos de la Administración, contagiados, vulnerados, heridos de muerte por el influjo del capitalismo extranjero, el que ya había puesto su garra irresistible en esas dilatadas regiones del Desierto, adheridas a la geografía política de la República peruana.

La sentencia del gran escritor del

Rimac es clara y contundente; *volvemos a copiarla*: "... En el comercio íntimo—dice— en el trato duradero y en la conquista secular se opera la fusión de razas con amalgamamientos de vicios y virtudes; mientras en la invasión destructora y violenta, vencido y vencedor olvidan las virtudes propias y adquieren los vicios del extraño. Los pueblos más civilizados ocultan su reverso salvaje y bestial: en la guerra se verifica el choque de hombre contra hombre por el lado bestial y salvaje.

"Si el Perú se contagió con la ferocidad araucana, Chile se contaminó con el virus peruano. El contacto de ambas naciones recuerda el abrazo de Almazor: un medio de comunicarse la peste. Nadie ignora que nuestro vencedor de ayer se vé atacado ya por el cáncer de la más sórdida corrupción pública; las prensas de Santiago y Valparaíso lo dicen a todas horas y en todos los tonos. Chile retrata hoy al Perú de la Consolidación y del Contrato Dreyfus; (Ojo, señores historiadores) entra por el camino que nosotros seguíamos, será lo que fuimos. El mendigo que hace poco se llamaba feliz con la raja de sandía y el puñado de porotos, se ahitará mañana con los opíparos festines del magnate improvisado. Con facilidad se vuelve pródigo el tahir que entra pobre a la casa de juego y sale rico por un golpe de fortuna".

El contacto que tienen estas ideas de González Prada con las de Rumbold es tan leve, que no puede hablarse de influencia de uno con respecto del otro. Por otra parte, las palabras de Rumbold, si estimadas por algunos por lo que tenían de elogio para nuestro país, fueron desestimadas por otros como muy discutibles.

El señor Encina, está en este último grupo, con la agravante para él de que su opinión con reservas, la dió por escrito. Dice en su libro "Nuestra inferioridad económica, sus causas, sus consecuencias," página 181: "En este bosquejo del pueblo chileno (se refiere a la memoria del Ministro inglés) y de los factores que lo diferenciaron de los demás pueblos hispanoamericanos, en el cual dicho sea de paso, hay mucho de exacto y mucho de contestable, se hace alusión accidental a los millones del guano, dentro de las ideas de aquel entonces, causa de la perdición del Perú. De las numerosas influencias que Rumbold pasó en revista, la que más se gravó en nuestros políticos y escritores, fué esta alusión que coincidía con sus temores; simplificando el juicio del diplomático inglés hasta la caricatura, concluyeron por hacerle decir que Chile fué honrado, práctico y laborioso, porque fué pobre."

¿Es bastante?

Así lo creo; pero en la espera de ser "rectificado", dejo este asunto con puntos suspensivos...

... Voy a probar, ahora, que el señor Encina no ha traducido a Rumbold. En las pags. 14 y 15 de la "Hist. de la Guerra del Pacífico" de don Diego Barros Arana, este autor, después de referirse al representante de Inglaterra durante la Administración de don Federico Errázuriz, copia los siguientes acápites de la memoria pasada a su Gobierno por éste diplomático: "Las páginas que preceden habrían sido escritas inútilmente si no diesen al lector la idea de una nación sobria, práctica, laboriosa, bien ordenada, gobernada prudentemente y formando un gran contraste con los otros estados del mismo origen y de

instituciones semejantes que se extienden en el continente americano. Chile debe los beneficios de que goza a las tradiciones implantadas en su administración por los fundadores de la República; a la parte preponderante que la clase educada y acomodada ha tomado en la dirección de los negocios públicos; a la feliz extinción del militarismo; al cultivo esmerado de los instintos conservadores innatos en él; a la ausencia casi completa de esas fuentes accidentales de riqueza que la Providencia ha prodigado tan abundantemente en alguna de las naciones vecinas; a la necesidad, por consiguiente, de recurrir a un gran trabajo, rápidamente recompensado por un suelo generoso; a la constancia paciente y a la aptitud para el trabajo de su población; y sobre todo ésto, quizás, a la negligencia de sus antiguos señores, que la obligó, cuando hubo sacudido el yugo, a crearlo todo por sí misma, apelando a los esfuerzos excepcionales de la nación. Todo ésto puede resumirse en dos palabras: "trabajo y cordura".

Esta traducción, la trae tal cual, letra por letra, coma por coma, el señor Francisco Antonio Encina, en su libro, ya citado, páginas 180-181.

Pués bien, yo digo, ahora, que no hay un solo ejemplo en el Mundo de que un traductor pueda coincidir con otro en forma absoluta, como es el caso al que acabo de referirme.

La obra de Barros Arana que acabamos de citar se publicó, en su primera edición, en 2 vols.; el primero que apareció en 1880, impreso por la Librería Central de Servat y C.o, y el segundo, en 1881, con el mismo pie de imprenta. En cuanto al libro del señor Encina, salió a luz en Santiago en:

1912. La diferencia de años es notable para discutir prioridad.

Más, poniéndonos en el caso de que el señor Encina no haya copiado la traducción de Barros Arana, por desconocimiento del texto del libro a que nos venimos refiriendo, la ha copiado entonces, sin ninguna duda, del libro "La situación económica y financiera de Chile", de don Francisco Valdés Vergara, autor que en las págs. 100, 101 de esta su obra, utiliza ya en 1894 la traducción del señor Barros Arana.

Pero eso no es todo: en su réplica el señor Encina me advierte: "Apenas hay escrito sobre la crisis moral de Chile en que no se la recuerde (la memoria de Rumbold); yo mismo la traduje y la cité en diversos libros."

¿En qué libros? Volúmenes escritos por el señor Encina solo han aparecido, cinco: "Nuestra inferioridad económica", "La educación económica y el Liceo", los dos volúmenes de "Portales" el muy reciente sobre "La literatura histórica chilena y el concepto actual de la Historia." Me agrada, pues, saber en que otros "diversos libros" aparece la traducción personal que hizo el señor Encina de la memoria de Rumbold, porque, hasta ahora, solo he podido verificar la que se transcribe en "Nuestra inferioridad económica", y ésa, — puedo decirlo en forma terminante y matemática, — no es de él. A no ser que el señor Encina me demuestre lo contrario... ¿Puedo creer, después de establecidos estos lapsus, en la memoria que, como historiador, tiene el señor Encina? ¡Oh fragilidad de nuestros recuerdos!; Bien decía el cardenal de Polignac: *Errare humanum est*

Pero me queda todavía una afirmación de mayor categoría que todas las demás. El señor Encina, con la suficien-

cia que le es característica, refiriéndose a las palabras de Rumbold da por sabido que yo no las conocía; antes, lo que encuentra muy natural que así sea, pues sólo el puede ser acucioso y prolijo en las investigaciones históricas y trabajos de la misma índole que acostumbra enfocar. Pues bien, yo voy a probarle todo lo contrario, voy a probarle que conozco a Rumbold aunque con ello vaya a quedar casi demostrado, que el señor Encina jamás ha abierto un libro de ese autor y diplomático; y que solo lo conoce de oídas y no sabe de que se trata.

El señor Encina utiliza, como ya lo dejamos establecido, una traducción ajena de la "Memoria" de Rumbold; pero no hay duda de que él no la conoce, ni en el texto francés ni—mucha menos— en el texto inglés. Ahora, bien, por si su curiosidad lo llevará a buscar este documento y no lo logra encontrarlo a tiempo, le recomiendo que lea el tercer volumen de "Recollections of a Diplomatist" que Rumbold publicó en un tomo en el nombre de "Further recollections of a diplomatist". Los dos primeros volúmenes refieren noticias desde 1849 a 1873, y el último, 4.º de la serie, que lleva por título "Final recollections of a diplomatist" alcanza hasta principios del siglo, y fué publicado en Londres por el editor Edward Arnold, en 1915,— A pesar de su autoreclamo de erudición, creo que esta vez el señor Encina no perderá la oportunidad de utilizar los datos que le damos donde Sir Horace resume lo que ya dijera en su "Memoria" de 1875 sobre los progresos y condiciones generales de la República de Chile.

Y ahora, con el mismo derecho que el señor Encina utilizó para referirse a

mi ignorancia sobre este diplomático y autor inglés, yo le devuelvo la mano y le digo — pero en el caso mío con pruebas evidentes — algo que no hubiera querido decirle si no tuviese esta maldita sangre italiana que bulle en las venas. . . : “está equivocado, señor; el que no ha leído a Rumbold es usted”

Para terminar consideraré brevemente la sospecha de Feliú Cruz de que la frase que ha merecido este cambio de artículos, sea del peruano don José Antonio Lavalle.

Feliú, que ha querido intervenir en esta discusión dice que hay una carta de Lavalle, del año 1883 dirigida al ex-presidente de Chile don Domingo Santa María, en que el diplomático de Lima le expresaba a don Domingo, iguales o parecidos términos: “Quedamos nosotros casi deshechos — le escribía Lavalle —; ustedes se llevan una gran extensión conquistada junto con su oro, pero al llevarse lo uno y lo otro se llevan la corrupción que mató al Perú.”

Feliú dice que esta carta se encuentra en manos de los descendientes del señor Santa María. Sería, entonces, llegado el momento, de que se publicara su facsímil.

Mientras tanto, me atengo a la respuesta que recibí de Luis Alberto Sánchez, ex sub director de la Biblioteca Nacional de Lima, a una consulta que le hice. Va a continuación la letra de los dos papeles:

“Señor Luis Alberto Sánchez. Ciudad.— Mi apreciado amigo.

“Ruego a Ud. contestarme a la brevedad posible si ha tenido Ud. algún conocimiento de la amistad de Lavalle con González Prada, y decirme cual fué la influencia que pudo existir del

uno con respecto del otro, y vice-versa.

“Es Ud. uno de los valores más representativos de la moderna generación de escritores peruanos, y su seriedad de investigador como su amplia cultura me merecen entera fé. Por eso es que lo consulto, aguardando su juicio sobre lo anterior para aclarar algunas dudas.

“Lo saluda con todo cariño, su amigo y compañero.

A. I.

Respuesta:

“Estimado amigo:

Contesto al pié, conforme a sus deseos, su carta de hoy.

“González Prada tuvo relación de amistad literaria con Lavalle en el Club Literario, pero después de la Guerra, esa relación, como todas las de González Prada sufrió una brusca transformación.

“El artículo “Perú y Chile” en que se concreta la frase a que Ud. se ha referido, no fué el primero de todo lo que escribió González Prada sobre el particular. En unas cuartetas, de las que hay una en mi “Don Manuel”, insinuaba lo mismo en 1884, es decir, el año justo de la ratificación del Tratado de Ancón. Aparece su pensamiento más neto en el artículo “Grau”, y más aún en el “Discurso del Politeama” y en “Perú y Chile”.

“González Prada fué el que creó el estado de ánimo que se revela en muchas frases de personajes peruanos acerca de las consecuencias morales de la Guerra del 79. Es bueno no olvidar que el vigor del hombre fué tal que, también con él surge el indigenismo —ver, entre otras cosas, la novela “Aves sin Nido” de Clorinda Matto

(1889) — el federalismo o anti-centralismo, etc., etc.

“Conocidas las personalidades, alcances y significados de González Prada y Lavalle, desaparece toda duda al respecto. Compulsados los testimonios escritos, más todavía. Lamento no tener a mi mano mi archivo o el de la Biblioteca Nacional de Lima, para ser más preciso en la cita; pero Ud. sabe, mi estimado amigo, que no soy un viajero con libertad de salida, sino con apenas libertad de tránsito, y, si, con seguridad de llegada...

“Una rectificación: el pensamiento

de González Prada en donde tuvo menos eco — teniéndolo y mucho — fué en Lima; el Perú se alzó con él. Y esa influencia perdura.

“Muy agradecido por los términos elogiosos de su carta, lo saluda su atento amigo;

Luis Alberto Sánchez.”

Sigo creyendo, pues, hasta que no me convenzan de lo contrario, que también, en este caso, si hubo influencia que sentir, fué la que sintió Lavalle ante el poderoso espíritu de González Prada, y no a la inversa.